

II

LA EMPERATRIZ

Hemos dado fin al primer tomo de esta obra en el momento en que el emperador y la emperatriz entran en el palacio de las Tullerías, de regreso de la iglesia de Nuestra Señora, el 30 de enero de 1853. Napoleón III, que se asomaba alternativamente á los dos grandes balcones de la sala de los Mariscales, el uno de los cuales daba al patio y el otro al jardín, presentaba al pueblo y al ejército á la nueva soberana, cuyo saludo, lleno de elegancia y de afabilidad, de majestad y de gracia, arrancaba á la muchedumbre un largo murmullo de admiración. Al poco rato, los dos esposos se trasladaban al palacio de Saint-Cloud, escogido para pasar en él los primeros días de su luna de miel. Subieron á un cupé tirado por cuatro caballos, precedido por dos batidores y seguido por una berlina para la servidumbre y por dos furgones. Los postillones llevaban los sombreros adornados de cintas.

La emperatriz estaba muy contenta; mas por el cielo radiante de su ventura cruzaban algunas nubes de tristeza y de melancolía. En el momento en que acababa de ponerse el traje de novia, antes de ir á la ceremonia nupcial á Nuestra Señora, una anciana sirvienta española le dijo: «Señora, os ruego que no os pongáis ese collar de perlas; me da miedo. Recordad lo que dicen en nuestro país: Cuantas más perlas se llevan el día de la boda, más lágrimas se vierten toda la vida.» A pesar de esto, la emperatriz se puso el collar; pero la advertencia de la sirvienta le había dejado una impresión penosa, y recordando los sufrimientos padecidos por las Mujeres de las Tullerías, pensó que tal vez las lágrimas enojecerían también sus ojos.

El 1.º de febrero, que hacía un hermoso día de invierno, el emperador, guiando su faetón, llevó á la emperatriz desde Saint-Cloud al palacio de Versalles. La soberana, vestida con un traje muy sencillo, no tenía escolta ni dama que la acompañara. Eudoro Soulié, el malogrado conservador del museo de Versalles (suegro de Victoriano Sardou), nos ha contado que la emperatriz, al apearse del carruaje, le manifestó sus deseos de ver todos los retratos de María Antonieta, y que pasó largo tiempo meditando ante estos cinco retratos, dos de los cuales son obra del pintor sueco Roslin y otros dos de Mme. Vigée Lebrún. La emperatriz, que siempre ha venerado la memoria de la reina mártir, quiso también ir al Pequeño Trianón como á un lugar de peregrinación.

Algunos días después — el 10 de febrero — visitaba con el emperador el museo de los Soberanos del Louvre, cuya creación había sido determinada por Napoleón III y que debía abrirse en breve al público. Este interesante museo, cuya dispersión ha sido una desgracia desde el punto de vista del respeto á la historia, ocupaba cinco salas adosadas á la columnata del Louvre. Allí se habían reunido las reliquias más preciadas de la monarquía real ó imperial. El emperador había dicho al conde de Nieuwerkerke, superintendente de Bellas Artes:



María Antonieta en el Pequeño Trianón

«Recordad que quiero reunir en el museo de los Soberanos todo cuanto pueda hacer revivir la memoria de los reyes ó de los emperadores de Francia, todo cuanto lleve el sello de su individualidad. Cubriréis de flores de lis las paredes de la sala de los Valois ó de los Borbones, así como de abejas el gran manto de púrpura de la sala del Emperador.» El aspecto de esta última sala, llena de recuerdos del vencedor de Austerlitz y alumbrada por una luz velada, producía una impresión sorprendente. Podía decirse, con el *Moniteur*, que Napoleón I tenía en lo sucesivo dos monumentos fúnebres á orillas del Sena, uno en los Inválidos, donde descansaba su cuerpo, y otro en el Louvre, donde dominaba su espíritu.

Lo que más llamó la atención á la emperatriz en el museo de los Soberanos fué la colección de recuerdos de María Antonieta. Dejemos la palabra al conde Horacio de Vel-Castel, uno de los testigos de esta visita:

«La emperatriz, dice, ha querido que se le leyera la hermosa carta testamentaria de María Antonieta á Madama Isabel; el emperador ha escuchado su lectura con profundo recogimiento y emoción. Los recuerdos de Luis XVI y de María Antonieta le conmueven siempre mucho. Había algo de triste y de solemne en asistir á esa lectura hecha ante una emperatriz joven y bella, al principio de su reinado y cuando se hallaba todavía gozando de las primeras delicias de una ventura inesperada. Había en ella una enseñanza de la desgracia, un sollozo de los tiempos pasados..... La emperatriz escuchaba en silencio, y con lágrimas en los ojos, las últimas palabras de una reina pronta á subir al cadalso, de una madre que en aquel momento terrible ni siquiera puede abrazar á sus hijos á quienes deja en poder de sus verdugos.»

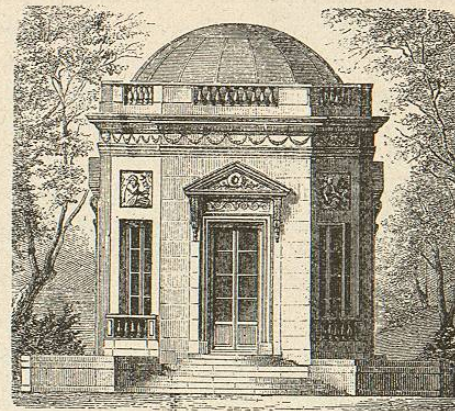
Dondequiera que se presentaba, así en los paseos como en los teatros, la emperatriz Eugenia excitaba una curiosidad mezclada de admiración. El 10 de febrero fué blanco de todos los gemelos en el teatro de la Comedia francesa, en la que se estrenaba una comedia de Mme. de Girardin, titulada *Lady Tartuffe*, desempeñada por Mlle. Raquel Samsón, Regnier, Mme. Allán y Mlle. Emilia Dubois. El público dispensó una calurosa acogida á la nueva soberana cuando entró en la sala.

El 14 de febrero la emperatriz asistía á la apertura de la legislatura en el salón de los Mariscales, de las Tullerías. Colocóse enfrente del trono del emperador en una tribuna en la que tenía á su derecha á la princesa Matilde y á la izquierda á la condesa de Montijo. Al terminar la ceremonia fué aclamada por las grandes corporaciones del Estado, que la saludaban en nombre de Francia, y en su rostro se pintó una viva emoción. «Se la admiraba, ha dicho A. Granier de Cassagnac, porque se la veía bella; se la honraba, porque se sabía que era buena, y si los seiscientos mil francos de diamantes ofrecidos por la ciudad de París y reservados á su instancia para educar niñas pobres no brillaban en su persona, la aureola de tierno respeto que salía del corazón de las madres agradecidas prevalecía sobre el resplandor del collar que le faltaba..... Había entrado en la iglesia de Nuestra Señora elegida por el emperador; salía de ella adoptada por Francia.»

El 12 de marzo la emperatriz fué con el emperador á visitar la casa de educación de la Legión de Honor en San Dionisio. Siguiendo una costumbre antigua, se había preparado un dosel de terciopelo para recibir á SS. MM., pero no quisieron aceptarlo y se dirigieron á la capilla ocupada por los alumnos. El emperador dió las gracias al capellán que acababa de rogar á Dios que lo bendijera: «Estoy más contento que en mi visita anterior, dijo, puesto que esta vez la hago con la emperatriz, de hoy más protectora de esta casa y que sabrá desempeñar esta tarea.» Al salir de la capilla pasó al refectorio y á la sala de recreo, así como á la enfermería, donde los dos esposos prodigaron á los enfermos palabras de ánimo y de bondad, y después de visitar la basílica de San Dionisio se pasearon á pie hasta el extremo de la ciudad.

Antes de cumplir los dos meses del casamiento de su hija, la condesa de Montijo regresó á España. Próspero Merimée la acompañó hasta Poitiers, y cuando volvió á París la escribía, no para cumplimentarla, sino para consolarla: «Es una cosa terrible tener hijas y casarlas. ¡Qué queréis! La Sagrada Escritura dice que la mujer debe abandonar á sus padres para seguir á su marido. Ahora que habéis cumplido ya vuestros deberes de madre (y á decir verdad, nadie podrá poner en duda que habéis casado muy bien á vuestras hijas), debéis pensar en vivir para vos misma.»

Augusto Filón ha escrito en la hermosa obra que ha consagrado al autor de



Tabellón del pequeño Trianón

la *Crónica del reinado de Carlos IX*: «Mientras Merimée presenciaba los comienzos de la joven emperatriz, parecíale ver una comedia de magia con hermosas decoraciones que iban á rejuvenecer todos los esplendores..... Durante los primeros meses del año 1853 pensó más de una vez si soñaba ó si representaba aún comedias en Carabanchel. A aquella niña á la que había paseado, reñido, entretenido, y cuyos menudos dedos, nerviosos y tímidos, se aferraban á los suyos cuando cruzaban entre las muchedumbres parisienses, la daban ahora el título – y él como los demás – de «Vuestra Majestad» En aquella frente, en la que había visto nacer los primeros ensueños, destellaban las joyas célebres que representaban cuatró siglos de monarquía y de imperio: la historia de Francia en diamantes. Había contribuído á enseñarle el idioma del pueblo sobre el que debía reinar; y las palabras que fué el primero en fijar en su memoria iba ella á difundirlas como otros tantos favores, llenando de satisfacción á los que las recogieran.»

El 23 de junio de 1853, Merimée era nombrado senador, y la emperatriz abrazaba con efusión á su marido que le daba tan buena noticia.

Augusto Filón añade estos detalles: «Lo que complacía á Merimée ahora

que veía las cosas más de cerca, lo que tenía una satisfacción en comunicar á la señora de Montijo, era el modo como la emperatriz desempeñaba su papel, ó según él decía, hacía su oficio. No era solamente la figura de primer término en un admirable cuadro viviente; era una verdadera soberana. Sabía hablar y callar; veía pronto y con perspicacia, porque buscaba el bien y estudiaba los deberes de su estado para consagrarse á ellos. Merimée quedó convencido de su sano juicio, cuando para agradaarla le propusieron introducir en Francia las corridas de toros. Ella comprendió que esta diversión sería en París un escándalo ó un fiasco, quizás lo uno y lo otro, y el proyecto no pasó de tal.»

Puede decirse con entera sinceridad que al principio del Imperio la emperatriz se había granjeado todas las simpatías. Lo que más agradaba en ella era, como lo ha dicho la condesa Estefanía de Tascher, «la especie de timidez y de desconfianza de sí propia, unida á su triunfante belleza y á su nueva y elevada situación.» Ella y el emperador ofrecían entonces el ejemplo del matrimonio más cariñoso y más unido. Napoleón III decía: «Ninguna mujer podía convenirme más que ella; está llena de abnegación, es animosa, buena, espiritual.» En todas las ocasiones se mostraba atento y afectuoso para tan querida compañera, de la cual estaba sinceramente prendado; la tuteaba siempre y la llamaba por su nombre de pila, y cuando la miraba, cuando la hablaba, más parecía novio que marido.

La emperatriz Eugenia no tenía favorito ni favoritas, y en su derredor no había ninguna de esas camarillas por las que tan cruelmente se censuró á María Antonieta. En 1853, las damas de la corte de las Tullerías observaban, dígame lo que se quiera, una actitud irreprochable y la emperatriz era la que les daba el ejemplo.

En aquella época nadie se hubiera propasado á vituperarla por el esplendor de sus joyas ó la riqueza de sus trajes; al contrario, se lo habrían echado en cara si no hubiera sido la mujer más elegante del imperio. Aplaudían el que fomentara las industrias de lujo é hiciera prosperar el comercio parisiense. Francia, que ama la pompa, quería que en el mundo entero no hubiera ninguna corte superior en magnificencia á la de Napoleón III. La emperatriz poseía los trajes más hermosos de Europa, y el emperador los mejores caballos y los carruajes más suntuosos. La sencillez republicana estaba abandonada. Había pasión por los uniformes, los trajes de corte, las alhajas, los vestidos de cola, las funciones de gala y los grandes bailes. No había mujer que presidiera tan bien una fiesta como la nueva soberana. «El rasgo distintivo de la emperatriz Eugenia, ha escrito A. Granier de Cassagnac, era la elegancia en todo, en el espíritu, en los gustos, en la acogida, en la persona. Gracias á esta cualidad, que parece de esencia francesa y de la que París es juez supremo, ejerció por espacio de diez y siete años un prestigio sin ejemplo en torno suyo, no solamente en la esfera del trono, sino en todos los medios sociales adonde sus viajes la conducían. Era bella y graciosa para todos y en todas partes, lo mismo entre las patricias que entre las aldea-



La emperatriz Eugenia

nas, en París como en Biarritz..... Aunque muchas mujeres, favorecidas por la naturaleza y por la fortuna, hayan causado admiración y recibido homenajes en la corte, jamás se ha oído decir que ninguna de ellas hubiera contrabalanceado y mucho menos ofuscado el esplendor de la emperatriz.»

Se agradecía á la nueva soberana que hiciera revivir las tradiciones más brillantes de la antigua monarquía: se hacía simpática hasta á los adversarios de la dinastía napoleónica. Antes de su casamiento había concurrido á los salones legitimistas y orleanistas, en los que había dejado gratos recuerdos. Todos cuantos en 1853 la han visto, ya sea en el bosque de Boulogne, en su coche á la Daumont precedido de un batidor y seguido de un palafrenero, ó ya en el palacio de las Tullerías, en donde llevaba con tanta majestad los diamantes de la corona en las noches de gran baile, no podrán olvidar jamás su deslumbradora imagen. Todo el mundo se apresuraba á saludarla en el paseo ó la contemplaba con gusto en el teatro, donde se la recibía con aplausos á su entrada en el palco imperial.

En 1853 la emperatriz Eugenia no se ocupaba en política: no necesitaba ejercer una influencia especial porque había conformidad absoluta entre sus sentimientos y los del emperador. La política de Napoleón III era entonces esencialmente conservadora y religiosa. Presintiendo que tendría que luchar en breve con Rusia, se habría guardado de disgustar al Austria porque la necesitaba.

Protector del Papado, aparecía como un moderno Carlomagno, y no daba á entender en modo alguno su intención de renunciar á un papel que le conciliaba las ardientes simpatías del clero y las de los católicos de Francia y del mundo entero. La emperatriz tenía, pues, la gran satisfacción de participar en absoluto de las ideas de su esposo.

Inteligente, activa, instruída, llevaba un género de vida muy bien ocupado. Dedicaba parte del día á hacer obras benéficas. El resto lo empleaba en preparar su papel de soberana, dar audiencias, dedicarse á la lectura de obras serias, adquirir conocimiento de las nuevas y ponerse al corriente del movimiento de las letras y las artes.

En resumen, al principio de su reinado todo sonreía á la emperatriz Eugenia. Era verdaderamente popular porque tenía tres cualidades cuya mezcla formaba el conjunto más armónico: belleza, bondad y caridad. Desde las catástrofes que á tan ruda prueba la han sometido, la augusta viuda de Napoleón III recuerda con gusto aquella época en que brilló con tanto esplendor. No dice, como el Dante, que no hay mayor dolor que recordar los tiempos felices en los días de infortunio.

III

LAS TULLERÍAS

La fisonomía de los palacios depende en gran manera de las personas que los habitan. El de las Tullerías tenía un aspecto triste y siniestro en la época en que fué profanado por la muchedumbre; pero convertido en residencia de un monarca poderoso y de una soberana resplandeciente de belleza, y centro de un gobierno joven y fuerte, recobró su antiguo prestigio. Parecían borrados los recuerdos lúgubres unidos á su historia, y estaba embellecido, restaurado, rejuvenecido. Acercábase el momento en que, completado con la terminación del Louvre, con el cual no debía formar más que un solo y mismo palacio, constituiría la más grandiosa y majestuosa de las residencias del mundo. Jamás tuvo Roma, ni aun en tiempo de los Césares, un edificio semejante.

En el tomo anterior hemos descrito el primer baile que se dió en las Tullerías en tiempo de Napoleón III, y con este motivo hemos echado una ojeada sobre las habitaciones del primer piso: sala de las Vigas, galería de la Paz, sala de los Mariscales, salón Blanco (llamado más adelante salón del Primer Cónsul), salón de Apolo, sala del Trono, salón de Luis XIV y galería de Diana.

El emperador y la emperatriz comían todas las noches á las siete y media en el salón de Luis XIV. Un busto monumental del Rey Sol decoraba la chimenea de este salón, y entre dos balcones había un retrato de este monarca en su edad madura, pintado por Lebrún. En el entrepaño de enfrente estaba la copia hecha en tapices de los Gobelinos del cuadro de Gerard que representaba á Luis XIV declarando rey de España á su nieto. Enfrente de la chimenea había un retrato de Ana de Austria regente, teniendo á su lado al joven Luis XIV con traje infantil y cubierto del manto real, y sentado en sus rodillas á su segundo hijo, el duque de Orleáns.

Mme. Carette, lectora y luego dama del palacio de la emperatriz Eugenia, ha hecho en sus *Recuerdos íntimos de la corte de las Tullerías* una descripción muy exacta de la comida diaria del emperador y la emperatriz. Todas las personas que formaban el servicio de honor asistían á ella. Este servicio estaba compuesto del modo siguiente: dos damas de la servidumbre de la emperatriz, un oficial general ayudante de campo del emperador, un chambelán de éste y otro de su esposa, un caballero del primero y otro de la segunda, un intendente de palacio y dos oficiales de órdenes.